

Dalsnibba, en Geiranger, ofrece estas vistas sobre el fiordo desde sus cumbres escarpadas. Hay cabañas para hacer una pausa y reconfortarse con bebida caliente

A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS

Hay que decirlo en voz baja porque siempre hay malpensados: *våt*, *vekkert*, *vilt*. Húmeda, bella, salvaje. Así se expresa en noruego la imagen de un fiordo. El destino soñado de todos los viajeros, donde se agotan los tópicos. Ni cámaras ni palabras bastan para plasmar toda su riqueza.



IZQUIERDA La gente disfruta del buen tiempo en las terrazas junto al muelle de Bergen, ante las casas de madera de los antiguos mercaderes
DERECHA Pareja en el monte Kjerag



Hay mil maneras de vivir la pasión por el viaje. Algunos sólo piensan en nuevos destinos, en sumar sellos de pasaporte y colocar nuevas banderitas en el *trip advisor*. Existen también los de largo y pausado recorrido, aquellos a quienes les gusta volver. Personalmente, creo pertenecer a los que se enamoran de un destino y les apetece profundizar y vivir la evolución de sus paisajes.

Noruega es uno de los países más bellos que conozco, aquellos a los que siempre deseas regresar. Si hay dos paisajes cuya belleza natural me ha sobrecogido son los de la Columbia Británica, desde las Rocosas hasta el mar, y los de la costa noruega, cuyo perfil guarda mucho en común con el anterior. Por la grandiosidad del panorama, el esplendor con el que se manifiesta la naturaleza y su belleza natural y salvaje, resultan únicos y mágicos.

Volver a los fiordos te devuelve una y otra vez la sensación de que no podrás contemplar nada más bello. Te sitúa ante la inmensidad de una naturaleza que aquí despliega todo su poder: agua, montañas, vida salvaje... Eso es el fiordo.

Ahora que se han derretido las nieves es el mejor momento de volver. El letargo invernal ha pasado y el verano explota en esta luz del Norte que es imposible plasmar en imágenes o palabras.

Con ojos de niño, en un país de maravillas, imagina que te has colado por un agujero que te hace minúsculo y aterrizas de pronto en lo alto de una montaña. Abres los ojos y estas en El Púlpito, la visión más impresionante del país de Rogalang.

EL ÁREA DE STAVANGER

Hay fiordos anchos, como el de Oslo, pero siempre se sueña con los del Oeste, rodeados de cumbres altas y gargantas estrechas, con cascadas, glaciares y picos de nieve eterna. Unos de roca pelada, como Preikestolen, y otros con mucha vegetación, como Kjerag. Seguro que muchos han visto mil veces aquella enorme piedra milagrosamente suspendida entre dos montañas. Los más atrevidos se lanzan al vacío en ese punto: mil metros de caída libre sujetados a un arnés. Incluso hay un campamento base de entrenamiento para



VOLVER A LOS FIORDOS TE DEVUELVE UNA Y OTRA VEZ LA SENSACIÓN DE QUE JAMÁS PODRÁS CONTEMPLAR NADA MÁS BELLO

el salto base que seguro no defraudará a quienes precisan altas descargas de adrenalina. El otro gran espectáculo es el de Preikestolen (El Púlpito). Quien no haya subido a él no parará hasta lograrlo y coronar esa plataforma de 600 metros

desde la que se divisa un paisaje grandioso. Al ascender al Púlpito te dan ganas de gritar. He sentido dos veces esa sensación: buceando en la gran barrera de coral australiana y en lo alto de esa montaña donde explota la belleza de los

EN LO ALTO DE ESTA MONTAÑA, DONDE EXPLOTA LA BELLEZA DE LOS FIORDOS, ME SURGE LA NECESIDAD DE GRITAR

Preikestolen, conocida mundialmente como El Pulpito, deja sin aliento y no sólo por las vistas. Únicamente se puede llegar a la cima a pie, tras una larga caminata







LAS VISTAS PANORÁMICAS SE SUCEDEN CON EL ESTREPITOSO SONIDO DE LAS CASCADAS

IZQUIERDA En El Púlpito no hay barandillas y uno puede asomarse tanto como su vértigo se lo permita **DERECHA** Imagen de vértigo de Trolltunga. La escalera de los 'trolls' o Trollstigen a su paso por la cascada Stigfossen

fiordos. Y si no grito es porque me he quedado sin respiración por las dos horas de subida –más dos de bajada– que implica la excursión.

LA CAPITAL DEL PETRÓLEO

Tanta belleza es música, armonía, vibración. Cuesta vincular esa sensación con algo tan materialista como el petróleo. Ironías del destino, Stavanger te acerca a la imagen más pura del paisaje y a la más negra del crudo. La ciudad es la capital noruega del petróleo, una fuente por la que mana el dinero en Noruega, el líquido de mayor calidad y más caro de obtener.

Hay que remontarse en el tiempo para recordar que antes éste fue un país modesto. Prosperó primero gracias a la pesca y sus industrias derivadas, hasta que, hace apenas 40 años, se descubrió en las costas cercanas la mayor reserva de petróleo del mar del Norte. Son tan poca gente y los beneficios tan altos, que todos los noruegos podrían vivir sin dar golpe. Pero no sería educativo, así que el gobierno piensa en la forma de mantener este nivel de vida cuando se agoten las reservas y haya que echar mano de las energías renovables.

Nunca pensé que un museo tecnológico como el Museo Noruego del Petróleo pudiera ser tan divertido. Es como subir a un helicóptero, trasladarte a una plataforma petrolífera del mar del Norte y ver todo el proceso, desde los buzos a las perforadoras que taladran la tierra en busca del tesoro, hasta que brota el líquido viscoso.



René Schur, conservador del museo, sabe transmitir emoción al mostrar, orgulloso, ese edificio cuyo perfil asomado al agua recuerda vagamente al Guggenheim bilbaíno.

Stavanger, con 120.000 habitantes, es la cuarta ciudad de Noruega. Tiene, como todas las del Norte, una parte histórica, el Gamla, con casitas blancas de madera muy cuidadas y espejos en las ventanas para ver, sin ser visto, quién llama a la puerta. En el Gamla, Piers Crocker, director del Museo de las Conservas, revive la realidad social de la pesca y enlatado de sardinas, principal fuente de recursos

económicos de esta zona durante la primera mitad del siglo XX, en la que participaban hasta los niños.

Esta ciudad tranquila, que se prepara para inaugurar una gran sala de conciertos, tiene ahora como meta aplicar la prosperidad surgida de la pesca y el petróleo a cultivar el gusto. La gastronomía es la nueva frontera y, poco a poco, están consiguiendo situar la cocina noruega en el mapa, siempre a base de producto local, pescado, marisco y carne de la mejor calidad. Así ganan en Francia el Bocuse y, en Alemania, las olimpiadas culinarias de Erfurt.



ARRIBA La ciudad de Bergen vista desde el mar DERECHA Las fachadas pintadas de vivos colores son toda una constante en la zona, como este 'atelier' de la localidad de Stavanger INFERIOR El tren de Flâm es una de las atracciones turísticas más populares de Noruega

EL TRIÁNGULO DE ORO

Un itinerario ideal para conocer la zona es el formado por el triángulo Stavanger - Oslo - Bergen, en cualquier sentido del recorrido. Un consejo: si vas a explorar los fiordos, no planees demasiado, no tengas prisa. Déjate seducir. Para y baja del tren, del barco, del bus, y quédate allí donde te apetezca. Es tan fácil guiarse por el instinto que, decidas lo que decidas, no te equivocarás.

Una posibilidad sería, por ejemplo, tomar un barco en Stavanger y bordear durante cuatro horas toda la costa hasta Bergen, o viceversa. Siempre que uno no se maree, claro, porque el mar del Norte no es tan tranquilo como el Mediterráneo. Al llegar a Bergen las mejores excursiones son las que tienen el

denominador común de *Norway in a Nutshell*, eso es, pura esencia noruega. Uno de los circuitos más populares es Oslo - Bergen - Voss, y otro que parte de Bergen y vuelve a esa ciudad con una combinación perfecta de escalas en el camino.

A las ocho y cuarenta minutos de la mañana, el tren sale puntual de la estación central. Dos horas como anticipo del paisaje que nos espera. Se puede hacer Bergen - Bergen en circuito de sólo un día, o mejor en dos o en tres, cada uno a su aire para disfrutar mejor de esos idílicos parajes. Hace una mañana lluviosa, —es natural— y hay una neblina que se abraza a las faldas de la montaña. La gente está a la expectativa: hay tantos fiordos y tan diferentes... El más largo, el más estrecho, el que no

tiene carretera, el de las cascadas más grandes. Unos más salvajes y otros más dulces y relajados. Vamos a ver alguno, tan sólo una aproximación.

El tren se para en Voss, cerca de la vieja iglesia de piedra. Junto a la estación ya espera el bus que nos llevará a Gudvangen, en el precioso valle del Nærøydalen. Allí, otra parada antes de subir al ferry que discurre tranquilo por las aguas planas del Naeroyfjord, tan estrecho que tiene sólo 250 metros en algún punto, y su angostura se hace más impresionante por la altura de las montañas que lo cierran. A bordo, todo el mundo empieza a hacer fotos. Una japonesa ha descubierto que, si extiende el brazo y saca un palito

de pan, baja en picado una gaviota y se lo lleva. El grupo ríe y no para de disparar. Todos están felices.

No es extraño que la UNESCO haya prodigado en tan poco espacio tantos títulos de patrimonio mundial de la humanidad. En otras dos horas llegaremos a Flâm.

EL TREN DE FLÂM

Flâm está en el inicio del fiordo de Aurland. En realidad es uno de los brazos de otro más largo, el de Sognefjord, que con 204 kilómetros desde la costa al extremo interior disputa al de Hardanger ser *el rey de todos los fiordos*.

Flâm es un lugar muy pequeño, de tan sólo 450 habitantes, y sirve de punto de partida, o llegada, del tren más pintoresco y trepador del mundo (en vía ancha). El tren, uno de esos antiguos —empezó a construirse a principios del siglo XX—, va a tope, y eso que aún no estamos en temporada. Sube dando vueltas y cruzando el río hasta más de 800 metros. Se para aquí y allí para que la gente baje a hacer fotos y toca el silbato para que vuelvan a subir.

De Flâm a Myrdal o de Myrdal a Flâm, este tren es una de las atracciones más populares de Noruega. Con él se pasa ante las impresionantes cascadas de Rjoande (140 metros en caída libre), de Kardal y

Bergen hay un truco”, cuenta la señora Knarvik, una barcelonesa casada con un noruego y arraigada aquí para siempre, “basta con no perder de vista dos ejes: uno es el que va del puerto a la iglesia de San Juan, y el otro, del lago al teatro”. Con esto claro, empiezas a deambular por el centro. El lago está rodeado por los principales museos y edificios oficiales. El área de los muelles atrapa por su encanto, y hay que recorrerlos de punta a punta, con parada en el centro, donde está el mercado de pescado y fruta y la oficina

de información. Lo primero es seguir la línea de casitas de madera pintadas de vivos colores, las de los ricos mercaderes, y adentrarse luego por el estrechísimo callejón que da acceso al viejo barrio hanseático de esta ciudad patrimonio mundial de la UNESCO. Y seguir después hasta el final, donde está la fortaleza que da idea de la importancia de Bergen, antigua capital de Noruega, donde residían sus reyes. Si el día no está nublado, vale la pena subir al funicular (Fløibanen), porque la vista sobre el fiordo, el océano y



RICHARD CUMMINS

PARA LOGRAR UNA BUENA SINTONÍA, NADA MEJOR QUE LLEGAR A BERGEN Y ESCUCHAR MÚSICA DEL COMPOSITOR EDVARD GRIEG

de Fjos. Hay una zona con peligro que se conoce como Trollaskredet, traducido como ‘la avalancha del troll’, el feo geniecillo color tronco de árbol típico del país.

Muchos pasajeros del tren se quedan en el camino, como, por ejemplo, en el hotel de Vatnahalsen, cubierto de nieve. Otros siguen hasta Myrdal y cambian de vía para volver al origen.

ENTRE SIETE MONTAÑAS

Entre fiordo y fiordo, se impone un alto en el camino. Allí está Bergen para convencerte de que te quedas. Al llegar, lo mejor es ponerse los auriculares y escuchar la música de Edvard Grieg. Este pequeño gran compositor —medía menos de 1,60 metros— nació aquí y su música casa de maravilla con la ciudad. “Para orientarse en



ANDERS BLOMQUIST



MUCHOS CRUCEROS ATRACAN EN EL PUERTO DE LA BELLA ÅLESUND, PUERTA DE ACCESO AL FIORDO DE GEIRANGER

Ålesund es un puerto situado a 236 kilómetros al noroeste de Bergen que destaca por su arquitectura 'Art Nouveau'





la ciudad son impresionantes desde lo alto. Y si se va con niños, también se puede –por qué no– tomar el rojo y característico Tschu Tschu Tren.

HARDANGER: 'VÅTT, VAKKERT, VILT'

“Vått, vakkert, vilt”, me susurra en noruego Elin Kvale, que viene a significar algo así como ‘húmeda, bella y salvaje’ (por eso lo dicen tan bajito, como sonrojándose), para definir la vida en un fiordo. Elin es responsable de la oficina de información de Eidfjord y bajó a Hardanger desde el norte de Noruega para vivir aquí. Está enamorada de su fiordo y sólo sueña con ir a su refugio en los montes cuando su hijo regresa de trabajar en la plataforma petrolífera.

Hardanger está formado por Eidfjord, Granvin, Jondal, Kvam, Odda, Ullensvang y Ulvik. La última glaciación le dio forma de U. Aquí

se produce la mejor fruta: cerezas, manzanas, ciruelas y peras, y, aunque no se ve, hay una gran presa que abastece de electricidad al país.

En mayo aún hay nieve, pero ya no se puede escalar las cascadas porque ha empezado el deshielo. A las siete y media, ha salido hacia Norheimsund el bus que nos llevará al punto de embarque para visitar el área de Hardanger. Apenas hay unas diez personas destino Eidfjord para hacer todo el recorrido, siempre la misma combinación de éxito: tren, autobús, barco y viceversa. Observo a mis vecinos de Japón, Singapur, Brasil y Alemania. Gracias a *Lonely Planet*, hoy será su día de suerte, porque Elin les invita conmigo a inaugurar la temporada en el fiordo. Y más suerte aún porque hace sol.

El área de Hardanger tiene 6.300 kilómetros, en los que viven sólo 23.000

personas. Hay un lugar, Kjeåsen, que dicen fue el más solitario del mundo: dos hermanas quedaban aisladas los meses de invierno en su granja. Ahora no queda nadie y, salvo en pleno verano, es territorio inexplorado.

ULVIK, FIN DE ETAPA

El fiordo de Hardanger tiene 179 kilómetros de largo, una montaña tras otra, y agua hasta 893 metros de profundidad. Es el tercero más grande del mundo e incluye dos parques nacionales, el Hardangervidda y el Folgefonna. En Eidfjord hay muchas más camas para turistas que gente viviendo –los habitantes no llegan a un millar–. Cerca del pueblo se halla el centro de interpretación de la naturaleza donde se proyecta el mejor resumen fílmico de algunos lugares inalcanzables de la región. Enfrente, hay un restaurante

LA CIUDAD DE STAVANGER TE ACERCA A LA IMAGEN MÁS PURA DEL PAISAJE Y A LA MÁS NEGRA DEL PETRÓLEO

IZQUIERDA Una embarcación entrando por el fiordo de Sognefjord, el segundo más grande del mundo
DEBAJO Alnes Lighthouse, un faro situado en la isla de Godøy, cerca de Ålesund






GAMLA REPRESENTA LA PARTE HISTÓRICA DE UNA CIUDAD DONDE SE CONSERVAN LAS VIEJAS TRADICIONES

DERECHA En Stavanger, el Gambla tiene casitas muy bien cuidadas, de gran confort interior y precio elevado

leña para el fuego y tocar música, sobre todo en los meses de oscuridad.

Se puede practicar gran variedad de deportes y embarcarse en aventuras en toda el área de Hardanger. Para descansar, cerca de Ulvik, lo nuevo es la sidrería donde Nils Lekve, el dueño de la granja Lekve, ha empezado a producir todas las variedades que permite la manzana, desde el puro zumo a una especie de calvados ¡con 75° de alcohol! Ha abierto un restaurante con terraza y una vista espectacular sobre el fiordo.

Hay noches durante los viajes que casi no puedes dormir. De cansancio o por la cantidad de imágenes que se te golpan en la cabeza y no da tiempo a procesar. Los fiordos pueden visitarse una y otra vez con una percepción distinta. Ya he venido sola, en pareja y con hijas. El paisaje no cambia, nosotros sí. Lo que aprendes es a distinguir los acentos. Cuanto más duro sea el tiempo, mejor para disfrutarlo. En verano, los fiordos atraen a muchísimos turistas. Sobre todo ingleses, desde que *los lores de los salmones* venían a pescar aquí y descubrieron las maravillas de la zona. Ya no hay secretos que se puedan guardar.

Un hombre toca el acordeón en el tren y algunos cantan sin molestar. Es el adiós. Si Grieg puso la música e Ibsen la letra, los colores y el espíritu aventurero llevan de la mano a Munch —siempre la luz del Norte— y Heyerdahl luchando por llegar con su balsa Kon Tiki a la Polinesia. Quizá no hace falta ir tan lejos, teniendo aquí los fiordos. Para viajar, sólo hace falta ilusión. 

muy acogedor, donde me siento junto a la chimenea para probar un rico guiso de reno salvaje. La población de esos animales ha disminuido, pero aún se permite cazarlos siempre que se pague una licencia altísima.

El grupito feliz sigue la improvisada inauguración de temporada hacia la gran cascada de Vøringsfoss, que ha empezado a rugir tras meses de silencio y hielo. En el viejo hotel Fosslí, situado junto a la cascada, se han alojado testas coronadas, escritores y músicos —Grieg compuso allí su opus 66—. Empieza a nevar, pero sigue brillando el

sol. Volvemos para embarcar otra vez en Eidfjord y hacer el último tramo de fiordo hasta Ulvik, etapa final del viaje.

Cuentan que Ulvik, en verano, está muy concurrido, pero en invierno apenas queda nadie. Eva Branstveit Kjerlan se ofrece a acompañarme para practicar su español, aprendido en México. Esta noruega tan alta y tan rubia de sólo 18 años dice que añoraba el fiordo y no quiere moverse de aquí. Hace vida sana, sin apenas ver tele ni ir a la disco. Su pasión son los caballos, nadar en la alberca y subir con su familia y amigos a la cabaña, cortar



ehagen